

RESUMEN EJECUTIVO

La tierra es un pilar fundamental de la civilización, pero su contribución a nuestra calidad de vida es percibida y valorada de maneras muy distintas y a menudo incompatibles.

Una minoría se ha enriquecido con el uso no sostenible y la explotación a gran escala de los recursos de la tierra, con conflictos relacionados que se intensifican en muchos países. El mundo ha llegado a un punto en el que debemos conciliar estas diferencias y pensar de nuevo la forma en que planificamos, utilizamos y gestionamos la tierra.

En última instancia, nuestra capacidad para gestionar las concesiones a escala del paisaje determinará el futuro de los recursos de la tierra –el suelo, el agua y la biodiversidad– y determinará el éxito o el fracaso en la reducción de la pobreza, la seguridad alimentaria e hídrica y la mitigación del cambio climático y la adaptación al mismo. De hecho, se reconoce que la gestión integrada de las tierras y el agua es un acelerador para alcanzar la mayoría de los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Si bien nos encontramos en una coyuntura crítica, acercándonos rápidamente y en algunos casos sobrepasando los límites planetarios, la evidencia presentada en esta primera edición de la *Perspectiva global de la tierra* demuestra que una toma de decisiones informada y responsable, unas mejores políticas y prácticas de gestión de la tierra y unos sencillos cambios en nuestra vida cotidiana pueden, si se adoptan ampliamente, contribuir a revertir las actuales tendencias preocupantes del estado de nuestros recursos terrestres.

VISTA PANORÁMICA

Las actuales presiones sobre los recursos mundiales de la tierra son mayores que en ningún otro momento de la historia de la humanidad. Una población en rápido crecimiento, junto con el incremento de los niveles de consumo, está imponiendo exigencias cada vez mayores a nuestro capital natural terrestre. Esto tiene como consecuencia una competencia cada vez mayor entre los usos de la tierra y el suministro de bienes y servicios.

En términos básicos, existe una creciente competencia entre la demanda de bienes y servicios que benefician a las personas, como los alimentos, el agua y la energía, y la necesidad de proteger otros servicios ecosistémicos que regulan y sustentan toda la vida en la Tierra. La biodiversidad terrestre subyace en todos estos servicios y garantiza el pleno disfrute de una gran variedad de derechos humanos, como el derecho a una vida saludable, alimentos nutritivos, agua potable e identidad cultural.

Se está degradando una proporción significativa de ecosistemas gestionados y naturales, lo que les hace más vulnerables ante el cambio climático y la pérdida de biodiversidad. De 1998 a 2013, aproximadamente el 20 por ciento de la superficie de la Tierra cubierta por vegetación mostró persistentes tendencias decrecientes en la productividad, evidentes en el 20 por ciento de las tierras de cultivo, el 16 por ciento de los bosques, el 19 por ciento de las dehesas y el 27 por ciento de los pastizales. Estas tendencias son especialmente alarmantes ante la creciente demanda de cultivos y ganado de uso intensivo de la tierra.

La degradación de las tierras contribuye al cambio climático y aumenta la vulnerabilidad de millones de personas, especialmente los pobres, las mujeres y los niños. Las actuales prácticas de gestión en el sector del uso de la tierra son responsables de alrededor del 25 por ciento de los gases de efecto invernadero del mundo, mientras que la degradación de la tierra es a la vez causa y resultado de la pobreza. Más de 1300 millones de personas, en su mayoría en los países en desarrollo, están atrapadas en tierras agrícolas en proceso de degradación, expuestas al estrés climático y, por lo tanto, excluidas de infraestructuras y desarrollo económico más amplios.

La degradación de las tierras ocasiona asimismo la competencia por los escasos recursos, lo que puede llevar a migraciones e inseguridad, al tiempo que agrava el acceso y las desigualdades de ingresos. La erosión del suelo, la desertificación y la escasez de agua contribuyen al estrés y la ruptura de la sociedad. A este respecto, la degradación de la tierra puede considerarse un «amplificador de la amenaza», especialmente porque reduce lentamente la capacidad de las personas de utilizar la tierra para la producción de alimentos y el almacenamiento de agua o socava otros servicios vitales del ecosistema. Esto a su vez aumenta la inseguridad humana y, en ciertas circunstancias, puede desencadenar o aumentar el riesgo de conflicto.

La escala de la transformación rural en las últimas décadas no tiene precedentes en su rapidez y escala.

Millones de personas han abandonado sus tierras ancestrales y han migrado a zonas urbanas, a menudo empobreciendo su identidad cultural, abandonando los conocimientos tradicionales y alterando permanentemente los paisajes.

NACE EL CONSENSO

Las temperaturas más altas, los cambios en los patrones de precipitaciones y la mayor escasez de agua debido al cambio climático alterarán la idoneidad de vastas regiones para la producción de alimentos y la vivienda humana. La extinción masiva de la flora y la fauna, incluida la pérdida de las especies silvestres relacionadas con los cultivos y las especies clave que sostienen la unión de los ecosistemas, ponen en mayor peligro la capacidad de adaptación y resiliencia, en particular para los pobres rurales que dependen en mayor medida de la tierra para sus necesidades básicas y medios de subsistencia.

Nuestro sistema alimentario ha centrado la atención en la producción a corto plazo y en el beneficio, más que en la sostenibilidad medioambiental a largo plazo.

El sistema agrícola moderno ha dado lugar a enormes aumentos de productividad, lo que ha evitado el riesgo de hambruna en muchas partes del mundo pero, al mismo tiempo, se basa en monocultivos, cultivos genéticamente modificados y el uso intensivo de fertilizantes y pesticidas, que socavan la sostenibilidad a largo plazo. La producción de alimentos representa el 70 por ciento de todas las extracciones de agua dulce y el 80 por ciento de la deforestación, mientras que el suelo, la base de la seguridad mundial alimentaria, se está contaminando, degradando y erosionando en muchas zonas, lo que a largo plazo supone disminuciones en la productividad.

Los pequeños agricultores, la columna vertebral de los medios de vida rurales y de la producción de alimentos durante milenios, están sometidos a una inmensa presión a causa de la degradación de la tierra, la inseguridad en la tenencia de las tierras y un sistema alimentario globalizado que favorece el sistema de negocios concentrado, a gran escala y altamente mecanizado. A menudo estos agricultores tienen pocas opciones de buscar medios de subsistencia alternativos.

El abismo cada vez mayor entre la producción y el consumo, y los niveles subsiguientes de pérdida/ desperdicio de alimentos, acelera en mayor medida la tasa de cambio en el uso de la tierra, la degradación de la tierra y la deforestación. La rápida expansión de las cadenas mundiales de valor y el comercio relacionado de productos terrestres (y sus componentes «virtuales») ha desplazado muchas presiones sobre los recursos naturales de los países desarrollados a los países en desarrollo, donde los efectos directos de la degradación de la tierra se distribuyen de manera desigual, especialmente cuando hay una especulación excesiva o un gobierno débil.

Con el fin de protegerse contra la futura inseguridad alimentaria y la volatilidad de los precios, las adquisiciones de tierras a gran escala han aumentado de forma espectacular desde el año 2000, sumando más de 42 millones de hectáreas dedicadas a la alimentación, la madera y los cultivos de biocombustibles, principalmente en África. Alrededor del 25 por ciento de la superficie mundial de tierras de cultivo, y el uso asociado de agua y otras materias, produce ahora productos que se exportan a países pobres en tierras pero ricos en dinero.

ESCENARIOS DE CAMBIO

A excepción de algunas regiones europeas, el uso humano de la tierra antes de mediados del siglo XVIII fue insignificante en comparación con los cambios contemporáneos en los ecosistemas de la Tierra. La noción de un mundo ilimitado, dominado por los humanos, fue acogida y reforzada por los avances científicos. Las poblaciones de repente obtuvieron acceso a lo que parecía una cantidad ilimitada de capital natural, donde la tierra se consideraba un regalo gratuito de la naturaleza.

El análisis de los escenarios elaborado para esta Perspectiva examina una serie de posibles futuros y proyecta una mayor tensión entre la necesidad de incrementar la producción de alimentos y energía y la continua disminución de la biodiversidad y los servicios ecosistémicos. Desde una perspectiva regional, estos escenarios predicen que el África subsahariana, Asia meridional, el Oriente Medio y África del Norte deberán enfrentarse a los mayores desafíos debido a una combinación de factores, entre ellos: un alto crecimiento demográfico, un bajo PIB per cápita, alternativas limitadas de expansión agrícola, aumento del estrés hídrico y elevadas pérdidas de biodiversidad. La falta de medios económicos e institucionales para hacer frente a estos factores incrementará el riesgo de conflictos violentos y migraciones masivas.

Otros escenarios del uso de la tierra a nivel global sugieren que las prácticas de gestión en un contexto paisajístico, incluidas las interdependencias, son factores determinantes más significativos de los resultados ambientales compartidos y de seguridad alimentaria que las proyecciones de crecimiento demográfico y económico. Estos modelos implican que las compensaciones percibidas no son simplemente una cuestión del número de personas, sino que se trata más bien de las consecuencias previsibles de un enfoque limitado e insostenible en la planificación, políticas y prácticas del uso de la tierra.

La tierra es finita en cantidad, pero las pruebas presentadas en la Perspectiva sugieren que, con cambios en el comportamiento de los consumidores y las empresas y políticas y prácticas de gestión sostenibles, aún contamos con suficiente tierra disponible para satisfacer tanto la demanda como la necesidad de una amplia gama de bienes y servicios. Sin embargo, será necesario adoptar elecciones difíciles y hacer concesiones.

La seguridad alimentaria e hídrica a largo plazo requerirá cambios en la producción intensiva basada en recursos, los procesos y los transportes de alto gasto de carbono, las dietas intensivas derivadas de la tierra (principalmente debidas al aumento de la demanda de productos de origen animal y alimentos procesados) y los actuales niveles de desperdicio de alimentos, incluidas las pérdidas posteriores a la cosecha.

Por lo tanto, las vías de respuesta eficaces deben abordar la forma en que valoramos y gestionamos la calidad de la tierra, esforzándonos por equilibrar su productividad biológica y económica. Es la suma total de nuestras decisiones individuales –como consumidores, productores, corporaciones y gobiernos– la que ha creado una crisis mundial de la tierra. Al igual que ocurre con nuestra respuesta al cambio climático, un enfoque empresarial como el actual será insuficiente para hacer frente a la magnitud de este desafío.

UN FUTURO MÁS SEGURO

Ya sabemos mucho acerca de lo que se necesita para construir un planeta resiliente para las generaciones futuras: aprovechar las inmensas oportunidades de crecimiento sostenible proporcionadas por la naturaleza y garantizar un futuro más seguro. La pregunta es: ¿Podremos llevar a cabo la catalización de un cambio de la actual «era del saqueo» a una «era del respeto», en la que respetemos los límites biofísicos?

Una nueva era del respeto requeriría una transformación de la forma en que consumimos, producimos, trabajamos y vivimos juntos para hacer frente a las principales presiones sobre los recursos de la tierra y los problemas medioambientales asociados. El estado de los recursos de la tierra está estrechamente vinculado a todos los aspectos de la seguridad humana, ahora y en el futuro.

Está claro que las próximas décadas serán las más críticas en la conformación e implantación de una nueva y transformadora agenda mundial de la tierra. En gran parte del mundo en desarrollo, la consecución de derechos más seguros en términos de tenencia de las tierras, equidad de género y justicia social supondrá un paso esencial para mejorar la gestión a largo plazo de los recursos de la tierra.

Para que esta nueva agenda arraigue y genere efectos en la escala necesaria, los derechos y las recompensas deben estar sustentados por la responsabilidad. La seguridad de la tenencia de las tierras y los incentivos y recompensas apropiados son necesarios para permitir que los productores adopten y amplíen prácticas de gestión de tierras más responsables. En última instancia, ¿cómo podemos ignorar la obligación moral y ética de salvaguardar y preservar la tierra para las generaciones futuras?

La **primera parte** de esta *Perspectiva* proporciona una amplia pincelada en la composición de la imagen panorámica, mientras que la **segunda parte** aborda algunos de los problemas globales más apremiantes que afectan al uso, la demanda y las condiciones de la tierra, así como las respuestas necesarias para alcanzar el objetivo del efecto neutro de la degradación de la tierra y los objetivos relacionados de reducción de la pobreza, seguridad alimentaria e hídrica, biodiversidad y conservación del suelo, mitigación y adaptación al cambio climático y medios de vida sostenibles.

La **tercera parte** destaca seis vías de respuesta que los productores y consumidores, los gobiernos y las corporaciones pueden seguir para estabilizar y reducir la presión sobre los recursos de la tierra, así como casos prácticos ilustrativos y herramientas clave para contribuir al éxito.

1. Enfoque de paisaje multifuncional: priorizar y equilibrar las diferentes necesidades de las partes interesadas a escala del paisaje, incorporando al mismo tiempo la especificidad del sitio sobre el uso, la demanda y el estado de la tierra para que se produzca una gama completa de bienes y servicios. La planificación del uso del suelo contribuye a identificar los usos de la tierra que mejor responden a las demandas de las personas además de preservar el suelo, el agua y la biodiversidad para las generaciones futuras.

2. Creación de resiliencia: mejorar la capacidad de adaptación de las comunidades y ecosistemas mediante una combinación de conservación, gestión sostenible y restauración de los recursos de la tierra. Existen muchas herramientas y prácticas para salvaguardar las diversas tierras naturales y gestionadas que sean saludables y tengan un funcionamiento adecuado, que pueden contribuir a la mitigación y adaptación al cambio climático y a otras presiones sobre los recursos naturales.

3. Cultivos que permiten obtener múltiples beneficios: optimización del conjunto más deseable de servicios ecosistémicos derivados de las actividades de producción de alimentos. Esto requiere un cambio fundamental en las prácticas agrícolas para sustentar una gama más amplia de beneficios sociales, medioambientales y económicos derivados de la gestión del capital natural basado en la tierra.

4. Gestión de la mediación rural–urbana: concepción de un nuevo enfoque de la planificación espacial para minimizar los efectos de la expansión urbana y el desarrollo de infraestructuras. Las ciudades diseñadas para la sostenibilidad en un paisaje más amplio pueden reducir los costes ambientales del transporte, la alimentación, el agua y la energía, y ofrecer nuevas oportunidades para la eficiencia de los recursos.

5. Sin pérdidas netas: ofrecer incentivos para el **consumo y la producción sostenibles** de recursos naturales. El efecto neutro de la degradación de la tierra o pérdida neta cero de tierras saludables y productivas implica más servicios in situ y menos efectos ambientales o sociales negativos fuera del sitio. En cuanto al consumo, significa reducir significativamente los niveles actuales de desperdicios y pérdidas de alimentos.

6. Creación de un ambiente propicio: proporcionar las condiciones necesarias para aumentar los logros locales y convertirlos en iniciativas de transformación a gran escala. Esto incluye fomentar las condiciones e instituciones sociales y económicas subyacentes, en particular las relacionadas con la participación de los interesados, la tenencia de la tierra, la igualdad de género y la disponibilidad de inversiones e infraestructura continuadas.

Las numerosas prácticas y planteamientos progresivos destacados en esta *Perspectiva* sirven como recordatorio oportuno de vías de respuesta probadas y rentables que conformarán un futuro próspero y más sostenible basado en derechos, recompensas y respeto por nuestros preciosos recursos de la tierra.